

“Esto que nos está pasando”, por Rocío Paricio del Castillo

La consulta empieza a las ocho, pero cuando entro, a menos cuarto, ya hay gente en la sala de espera. Pese a ello, cruzo mi puerta con la incómoda sensación de que nadie repara en mi llegada: todos miran absortos el móvil, como si en él se escondiera el remedio que a regañadientes han venido a buscar al hospital.

El aire en mi despacho es denso y en el techo parpadean los halógenos. Me pongo la bata mientras echo una ojeada a la plantita que se mustia en el alféizar de la ventana y pienso que ojalá hoy consiga sacar cinco minutos para regarla. Al arrancar el ordenador, éste emite un ruido triste, casi protestón, en sintonía con la mañana que me espera.

La primera paciente es una mujer de treinta años que se sienta sin quitarse el abrigo. Dice que siente que se ahoga, que se muere, que el corazón se le acelera y se le infarta. Al principio sólo le pasaba en la empresa, pero ahora le sucede en todos sitios: en la calle, en la compra, tomando algo con sus amigos. Le tiemblan las manos mientras musita que el médico de cabecera le dijo que "lo suyo" era ya de Psiquiatría.

—Ansiedad— dictamino yo, para pasar a continuación a explicarle la pauta de medicación y los consabidos hábitos de vida saludable; aunque intuyo que en realidad ese "lo suyo" tiene su origen en su empresa, y que hasta que no se solucione, ella no va a respirar tranquila.

El segundo es un hombre que evita mirarme a los ojos. Habla en voz baja, tiene el rostro cariacontecido y demacrado. Me cuenta que últimamente le cuesta la vida y ya no disfruta con nada; le faltan fuerzas para levantarse por las mañanas y se siente inservible. Le pregunto si ha pasado algo últimamente y dice que en la oficina le hacen el vacío, que le han cambiado de sitio, que el jefe le corrige en público y de malos modos, que le llaman por un mote despectivo.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me enfrenté a la dirección por una irregularidad en la adjudicación de una plaza.— Y, aunque en la pestaña de diagnóstico reseño “síntomatología depresiva”, quisiera escribir “acoso laboral” y pautarle un delegado sindical en lugar de veinte miligramos de fluoxetina.

La tercera es una mujer embarazada de dieciocho semanas. Rompe a llorar mientras farfulla que se ha equivocado al meterse en eso de la maternidad sin tener un contrato fijo. El miedo no le deja pensar en su hija, que ya desde antes de nacer está sumida en un pozo de angustia.

—Me han dicho que “ya veremos” si me renuevan después del parto. ¿Y cómo me pongo yo a buscar trabajo con una recién nacida?

Intento transmitirle calma, aunque por dentro, rabiosa, clamo por los derechos de las mujeres y la protección efectiva a las madres. La derivo al grupo terapéutico de embarazadas.

El cuarto no duerme. Desde que hace seis meses lo despidieron de forma improcedente, su médico de Atención Primaria le ha prescrito una sucesión infinita de fármacos hipnóticos.

—Pero sigo despertándome a las tres y ya no consigo volver a dormir.

Insomnio de mantenimiento.

Le hablo de rutinas de sueño y probamos una nueva medicación, aunque me digo a mí misma que, con la indemnización que le corresponde y un trabajo digno, seguramente este hombre dormiría como un bendito.

Paciente tras paciente, síntoma tras síntoma, y, de fondo, el mismo chasquido sordo de una maquinaria que a todos nos tritura, pero que insistimos en seguir usando hasta que termine de rompernos.

A las tres de la tarde por fin acabo la consulta y cuelgo la bata. Me masajeo las sienes en un intento de aplacar el dolor de cabeza. No he podido regar mi planta, que continúa marchitándose junto a la ventana. Enciendo el móvil y descubro cuatro llamadas perdidas y un mensaje de mi jefa: "El compañero de la guardia de hoy está de baja. Eres la primera en la lista de incidencias, así que te toca cubrirla. Gracias".

Me quedo mirando la pantalla unos segundos. Siento un nudo en el pecho. Respiro hondo, pero no se pasa. Abro el cajón del escritorio y saco una caja de Lexatín. Extraigo un comprimido del blíster y me lo tomo con un sorbito de agua. Descuelgo de nuevo la bata y me la pongo.

En la sala de espera de Urgencias ya hay gente esperando frente al box de Psiquiatría, pero, de nuevo, cuando la cruzo, nadie parece reparar en mí: todos miran nerviosamente el móvil, como si en él estuviera la respuesta a esto que nos está pasando.